

vienen de fuera, y ella misma extendió el sentido del tocar por todo el cuerpo, con el cual tocamiento á veces siente dolor, á veces alegría y deleite: considerando pues con ánimo todas estas cosas y otras semejantes, y viendo cómo muchas dellas, al parecer contrarias, concurren en la fábrica de un animal, junto con aquella admirable union de las dos naturalezas, una mortal y otra inmortal, quedo espantado con este tan grande milagro, y no pudiendo alcanzar la razon de cosa tan grande, confieso que quedo vencido, y predicando la victoria y sabiduría del Criador, vengo á prorumpir en voces de alabanza, y exclamo con este profeta diciendo: Maravillosa es, Señor, vuestra sabiduría, la cual resplandece en mí: tan alta es, que yo no la puedo comprehender. Lo susodicho es de Teodoro. Esta es, pues, otra admirable excelencia de nuestra ánima; en la cual imita á su Criador, obrando, como dijimos, todas las cosas en su cuerpo, como el Criador las obra en este mundo. Por lo cual, demas de lo dicho, se llama ella imagen de Dios.

§. II.

Distincion de imagen y semejanza en la formacion del hombre.

Mas ¿qué quiere decir, que no solamente se dice haber sido hecha á imagen de Dios, sino tambien á su semejanza? A esto responden Sant Bernardo y Sant Ambrosio diciendo (d), que imagen se llama por razon de lo natural que recibió, y semejanza por lo gratuito. Quieren decir, que imagen se llama por causa de las dotes y facultades naturales que recibió, para vivir esta vida comun y natural; mas semejanza, por la gracia y virtudes sobrenaturales que en su primera criacion recibió, para vivir vida sobrenatural, merecedora de vida eterna. Por do parece que la imagen, que es lo natural, nunca se pierde, aunque el ánima esté en el infierno; mas la semejanza piérdese perdida la gracia: la cual se pierde por cualquier pecado mortal. Mas es mucho para sentir no solo el perder el hombre esta semejanza, sino mucho mas la semejanza que succede en lugar desta. Y cuál sea ella, declaró el Profeta cuando dijo (e): El hombre constituido por Dios en dignidad y honra no entendió el estado que tenia; por lo cual vino á ser comparado con las bestias brutas, y hecho semejante á ellas. Pues ¿qué cosa mas para sentir, que esta tan gran caída, en que el hombre que representaba en la pureza de su vida la semejanza de Dios, venga á mudar la semejanza divina en semejanza de bestias? ¿Adónde puede mas descaer y descender la miseria humana? Pues por aquí verá el hombre cuánta sea la malicia del pecado, que es causa deste tan grande mal.

Esto baste para concluir la materia del ánima intelectual, y con ella de todo lo que pertenece á los dos mundos, así mayor como menor, que es el hombre. Agora será razon aprovecharnos de todo lo dicho, levantándonos por las criaturas al conocimiento del Criador.

CAPITULO XXXVI.

De la providencia especial que nuestro Señor tiene de las cosas humanas.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para declarar los motivos que los filósofos tuvieron para reconocer y confesar una primera causa, un primer principio, y un primer movedor y gobernador de todo este universo,

(d) Bernard. serm. 1. in Annunciat. B. Mariae, ant. med. D. Ambr. libel. de dignit. condit. hum. cap. 2. et 3. tom. 1. (e) Psal. 48.

que llamamos Dios. Sirve tambien para que conozcamos la providencia que este soberano Señor tiene de todas las cosas, considerando las habilidades de que proveyó á todos los animales para su conservacion, que es para mantenerse, y defenderse de sus contrarios, y curarse en sus enfermedades, y criar sus hijos. En nada desto pusieron duda los filósofos de mas grave y asentado juicio. Mas así como se hallan á las veces cuerpos monstruosos, que nacen ó con sobra ó con falta de los miembros acostumbrados, así tambien (y aun mucho mas) hay ánimos y ingenios monstruosos que dicen cosas no solo contra toda razon, sino contra todo el comun consentimiento del género humano; cuales fueron los que confesando la providencia que Dios tenia de los animales brutos (por las razones susodichas) osaron decir (a), que no la tenia de los hombres, por la confusion y desorden que veian en las cosas humanas: no considerando que como los brutos no son capaces ni de virtud ni de vicio, no hay porque el Criador altere la providencia que tiene dellos. Mas como el hombre es capaz de lo uno y de lo otro, trátale Dios conforme á sus obras, haciendo bien al bueno, y castigando al malo. Lo cual llegó á entender aquel insigne filósofo moral Séneca, diciendo en una palabra gran parte de lo que enseña nuestra religion. Porque hablando de Dios dice, que él nos trata de la manera que nosotros lo tratamos. Dando á entender que á los que reverencian y honran á Dios como á verdadero Señor y padre, trata él como á fieles siervos y hijos. ¿Qué mas dijera este filósofo si fuera cristiano? ¿Cuán grande y cuán universal doctrina se comprehende en estas tan breves palabras? Mas aquí es de notar, que cuando decimos que hace Dios bien á los buenos, y castiga á los malos, no entendemos aquí por bien los bienes temporales (los cuales ni aun los filósofos llamaron bienes), ni por mal la pobreza ó falta dellos, pues esta no merece nombre de verdadero mal; pues todos los sanctos voluntariamente la amaron y procuraron. Así que la providencia que el Criador tiene de los animales, siempre es de una manera; mas la de los hombres es diversa, segun la diversidad de sus obras. Mas contra estos filósofos desvariados, se armaron los verdaderos y graves filósofos, mayormente los que se llamaron estoicos (que eran muy devotos de la virtud), probando con gravísimas razones la providencia que generalmente tiene aquel soberano Señor de las cosas humanas. De las cuales pondremos aquí algunas.

Porque primeramente ¿qué oídos no se escandalizan oyendo decir que Dios tiene cuidado de las bestias, y no de los hombres; habiendo sido criadas las bestias y todas estas cosas inferiores para el servicio del hombre, como está ya declarado? ¿Quién dirá que un padre tiene cuidado de los esclavos y mozos de su hijo, y no lo tiene del hijo? Si á la prudencia y buen gobierno pertenece tener mayor cuidado de las cosas mayores que de las menores, siendo el hombre sin comparacion mas noble que todos los brutos animales (como criatura hecha á imagen y semejanza de Dios), ¿en qué razon cabe decir que él tenga providencia de cosas tan bajas y desprecie las altas como son los hombres, á los cuales llama hijos por la semejanza que tienen con él? Y si tiene cuidado de los brutos, que ni reconocen el beneficio ni le dan gracias por él, ¿cuánto mas lo tendrá del hombre, que lo reconoce, y adora, y alaba por él?

(a) Contra quos August. lib. 83. quæst. 82.

Vemos tambien que el amor es la causa de la providencia que tienen las criaturas de sus propias cosas; y que cuanto mas las aman, tanto es mayor el cuidado que tienen dellas, como lo vemos en la providencia y cuidado que los brutos tienen de los hijos que aman. Pues si Dios tiene mayor amor al hombre que á los brutos (lo cual se ve por las ventajas que tiene sobre los brutos, y por la mas excelente naturaleza que le dió), ¿cómo es posible que teniendo cuidado de lo que menos ama, no lo tenga de lo que mas ama? Vemos por experiencia que si el hombre planta ó engiere un arbolico, se alegra despues cuando lo ve crecido, y medrado, y cargado de fruto, y le pesa si lo ve maltratar, y huelga de cultivarlo y regarlo. Pues si este amor y cuidado tiene el hombre de un arbolillo que él plantó, ¿cuánto mayor lo tendrá el Criador del hombre que él formó?

Mas no solo el amor, sino la bondad tambien es causa de la providencia. Y así vemos que los hombres de singular y excelente bondad, tienen gran respecto al bien comun, y así lo desean y procuran, aunque sea á costa suya. Pues si esto es propio de la excelente bondad, cuánto mas lo será de aquella summa y infinita bondad, para tener cuidado del hombre, mayormente sabiendo él que estando el hombre bien ordenado, todo este mundo que le sirve está bien ordenado; mas por el contrario estando él desordenado, tambien lo está el mundo, pues sirve á quien no sirve al comun Señor de todo.

Y si todas las perfecciones de las criaturas (que se llaman absolutamente perfecciones) están en Dios por muy eminente manera, y tener cuidado del bien comun sea una dellas; ¿quién osará negar que no la hay en Dios, siendo él un abismo de todas las perfecciones, y el autor dellas?

Vemos tambien que todas las causas tienen especial cuidado de sus efectos: como lo tienen los padres de sus hijos, los reyes de sus vasallos, los padres de familia de su familia. Pues ¿cuánto mayor lo tendrá aquel Rey de los reyes, aquel Padre soberano, y aquella causa de las causas del mas noble efecto, que en este inferior mundo produjo, que es el hombre?

Añado mas á lo dicho, que si Dios no tiene providencia de las cosas humanas, ó es porque no puede, ó no quiere, ó no sabe lo que en este mundo pasa. Decir que no sabe, es quitarle la sabiduría; y decir que sabe, mas no quiere, es quitarle la bondad, y la justicia, y la caridad, y la misericordia, y finalmente, todas sus perfecciones y virtudes, lo cual es horrible blasfemia. Mas decir que no puede, es contra la grandeza de su poder que es infinito. Porque, quien pudo criar este mundo tan grande, tan hermoso, tan bien ordenado, tan constante en la variedad de los tiempos, y en el movimiento de los cielos, y poblado de tantas cosas para el uso de la vida humana, ¿cómo no podrá gobernar lo que pudo hacer? Y si él por su propia voluntad quiso criar este mundo, no por necesidad que dél tuviese, ni porque nadie lo forzase, sino por su sola bondad, por la cual quiso dar sér á las cosas que no lo tenían, ¿por qué no ha de querer conservar y gobernar lo que quiso criar?

En cabo de lo dicho acrecienta una consideracion muy principal y muy experimentada. Vemos generalmente que todos los hombres de cualquier nacion que sean, cuando se ven en algun aprieto y angustia, súbitamente sin algun discurso de razon, sino por solo instinto de naturaleza, levantan los ojos y las manos al

cielo (donde aquel Señor principalmente reside), pidiéndole socorro. Pues como esta inclinacion esté impresa por el Criador en la misma naturaleza del hombre, y esta no pueda ser ociosa y vana (por aquella comun sentencia de filósofos, los cuales dicen que Dios y la naturaleza no hacen cosa superflua), síguese que él tiene providencia de las cosas de los hombres, pues crió esta inclinacion natural en los corazones dellos. Ni es menor testimonio el comun consentimiento de todas las gentes por bárbaras y bestiales que sean, en las cuales siempre se halla alguna manera de culto de la Divinidad, aunque falso y errado; y esto con presupuesto que no honran esta Divinidad de balde, sino porque esperan favor della; porque si nada esperasen, no la honrarian, ni tendrían cuenta con sus templos y sacrificios. Y esto es confesar la divina Providencia, que es tener Dios cuenta con quien lo venera y honra. Y como esto sea cosa universal en todas las gentes, síguese que este afecto y conocimiento nace con el mismo hombre, y está impreso en su corazón por el autor de la misma naturaleza. El cual así como engirió en los corazones de los hijos una natural inclinacion de acatar y reverenciar á sus padres, así tambien imprimió otra de honrar á Dios, que por muy mas excelente manera es Padre universal de todos los hombres. Y es tan notorio esto en lumbré de naturaleza, que dijo Aristóteles que no habiamos de poner en disputa si le nieve era blanca, ni tampoco si los padres y los dioses habian de ser honrados; sino dar ojos al que niega ser la nieve blanca, y azotes y castigo al que negare la honra debida á los padres y á los dioses.

Estas y otras semejantes razones movieron á los mas graves y sabios filósofos, como fué Platon, y Sócrates, su maestro, y señaladamente los estoicos, uno de los cuales (que fué Séneca) escribió un libro entero de la divina Providencia. De la cual tambien hace mencion en otros lugares de sus epístolas. Y así en una que escribe á su amigo Lucillo, dice estas singulares y notables palabras: Cerca de tí está Dios, contigo está, dentro de tí está, un espíritu sagrado mora dentro de nosotros, que guarda y nota nuestras buenas obras. El cual nos trata de la manera que nosotros le tratamos. Y ten por cierto que ningún hombre puede ser bueno sin él; porque ¿cómo podrá alguno despreciar las cosas de la fortuna sin su ayuda? El es el que nos da consejos magníficos. Cierto es que mora Dios en las ánimas de los buenos, aunque no sepamos cuál Dios sea este que en ellas mora. Un ánimo excelente, y moderado, y que pasa por cima de todas las cosas como por viles y bajas, y se rie de todo lo que nosotros tememos ó deseamos, sólo Dios lo puede hacer. No puede una cosa tan grande hacerse sin favor dél. Y así la mayor parte deste ánimo está en el lugar de donde bajó. De modo que, así como los rayos del sol llegan á la tierra, mas ellos están en el mismo sol de donde descienden; así el ánimo grande y sagrado (enviado al mundo para que por él conozcamos las cosas divinas), conversa aquí con nosotros, mas él está junto con su principio de donde nace. Y en otra epístola dice así (b): Maravillaste que los hombres vayan á los dioses: mayor maravilla es que Dios viene á los hombres, y (lo que es aun mas vecino) Dios viene á morar en ellos. Porque ninguna buena ánima hay sin el favor y presencia de Dios. Todas estas son palabras de Séneca, el cual sin haber leído el Evangelio, confiesa la necesidad de la gracia, sin

(b) Epist. 74.

entender lo que es gracia, y el cuidado de la divina Providencia. Por donde hay razon para espantarnos de la ceguedad y locura de los herejes pelagianos (c), que recibiendo las Escrituras sagradas, dogmatizaban que podia un hombre con solas las fuerzas del libre albedrio, sin el socorro de la gracia, guardar perfectamente todos los mandamientos divinos, y merecer el reino del cielo.

A este tan ilustre testimonio de Séneca añadiré el de Tulio (d), que confiesa lo mismo, diciendo que los dioses inmortales, no solamente proveen á todo el linaje de los hombres, sino tambien á cada uno en particular; porque si tienen providencia de todo el mundo, tambien la tienen de las principales partes del que son Asia, Africa, Europa; y si la tienen destas, tambien la tienen de las ciudades dellas, como son Roma, Aténas, Esparta, Ródas, con las demas; y así se sigue que han de tener especial cuidado de cada uno de los moradores destas. Y en esta cuenta ponemos á Curio, Fabricio, Metelo, Marcelo, Caton, Scipion, Lelio y otros muchos singulares varones que hubo en Roma y en Grecia, ninguno de los cuales fué tal sin ayuda de Dios. La cual razon convenció á los poetas, y particularmente á Homero, que señalasen ciertos dioses por compañeros, ayudadores y defensores de los peligros á los hombres heroicos, como fué Ulises, Diomedes, Agamenon y Aquiles. Por donde se concluye, que nunca en el mundo hubo algun varon señalado, que no fuese ayudado con un soplo y favor de Dios. Lo susodicho es de Tulio, que tambien como Séneca confiesa la necesidad del favor divino, y el cuidado de la divina Providencia.

§. I.

De cómo todas las cosas deste mundo fueron fabricadas para el hombre.

Esta misma providencia prueba el mismo Tulio, declarando muy en particular cómo todas estas cosas que vemos fueron fabricadas por la divina Providencia para el hombre, y así dice él: Si alguno preguntare ¿por cuya causa hayan sido fabricadas cosas tan grandes, por ventura por amor de los árboles, y de las yerbas, las cuales aunque carecen de sentido, son obras de naturaleza? Muy contra toda razon sería esto. Mas ¿por ventura fueron formadas por causa de las bestias? Tampoco se puede decir que los dioses hayan fabricado esto por causa de las bestias mudas, que ninguna inteligencia tienen. Pues ¿por cuya causa dirémos haber sido hecho este mundo? A esto respondemos, que por causa de los animales que usan de razon, que son los hombres; porque solos ellos usan de razon, y viven por ley. De modo que así como decimos que Aténas, y Lacedemonia, y todo lo que hay en estas ciudades, sirve á los moradores dellas, así todas las cosas que hay en esta gran ciudad del mundo, son para servicio de los hombres. Pues ya el curso del sol, y de la luna, y de las estrellas, aunque sirven para la órden y gobernacion del mundo, mas son tambien un hermosísimo espectáculo para los hombres. Porque ninguna cosa hay cuya vista sea para nuestros ojos mas insaciable, mas hermosa, mas artificiosa para nuestro entendimiento. Ca por la órden y curso destes planetas conocemos la cualidad de los tiempos, y la variedad y mudanzas dellos. Y si estas conocen solos los hombres, para solos ellos habemos de juzgar que fueron

(c) Contra quos August. lib. de Hæresibus ad Quod vult Deum. l. 2. c. 88. (d) Tull. lib. 2. de Nat. Deor.

hechas. Pues la tierra llena de mieses, y de diversas especies de legumbres que ella produce con grande abundancia; ¿sirve para el uso de los hombres, ó de las bestias? Pues ¿qué diré de las viñas y de los olivares, cuyos frutos tan copiosos y tan sabrosos no pertenecen á las bestias? Porque no tienen ellas ciencia ni de sembrar los campos, ni de cultivarlos, ni de segar y recoger el fruto dellos á sus tiempos, ni de guardarlo para adelante, porque el uso y cuidado de todas estas cosas de solos los hombres es, y no dellas. Por donde así como las cuerdas de una vihuela, y los otros instrumentos musicales, fueron hechos para solos aquellos que saben usar dellos, así todas estas cosas susodichas, para solos aquellos sirven, que saben usar dellas. Ni es razon decir que por causa dellas hayan sido hechas; porque algunas veces arrebatan y hurtan algo destes frutos, así como no decimos que recogen los hombres y guardan el trigo en sus graneros por causa de los ratones, y de las hormigas que lo hurtan, sino para provision de sus mujeres, y hijos, y familia. Así que las bestias á hurto gozan de algo desto, mas los hombres libre y descubiertamente. Porque ¿quién tendrá dubda que tanta variedad y abundancia de frutas tan sobrosas para el gusto, y tan suaves para el olor, y tan hermosas para la vista, haya dado la naturaleza para los hombres? Y ¿cómo se podrá decir que fueron estas cosas hechas para las bestias, pues nos consta que esas bestias fueron hechas por causa de los hombres? Porque ¿para qué otra cosa sirven las ovejas, sino para que de su lana se hagan paños con que nos vistamos? Las cuales ni pudieran mantenerse, ni sustentarse, ni dar algun fruto, si los hombres no tuviesen cuidado dellas. Pues ya la guarda tan fiel de los canes, y el amor con que aman y lisonjean á sus señores, y el furor y odio contra los extraños, y tan increíble sagacidad y olor para buscar la caza, y tanta lijereza y alegría para perseguirla, ¿qué otra cosa nos representa, sino haber sido ellos engendrados para el provecho y servicio de los hombres? Pues ¿qué diré de los bueyes cuyos lomos declaran no haber sido fabricados para llevar y traer cargas, mas las cervices tan acomodadas á recibir el yugo, y las fuerzas y anchura de los pechos para tirar el arado, vemos cuánto sirve al uso de los hombres? Por lo cual antiguamente en aquella edad dorada (como los poetas la llaman) se tenia por gran delito matar los bueyes, y comer de sus carnes. Prolija cosa sería si quisiese yo declarar agora el provecho que nos viene de los mulos, y de las otras bestias caballares, las cuales vemos servir á los hombres. Mas el puerco, ¿para qué otra cosa sirve, sino para mantenernos con su carne? Y para que está no se corrompiese, diéronle el ánima en lugar de sal. Y por ser este animal tan provechoso para nuestro mantenimiento, vemos que ninguno otro pare y cria tantos hijos como él. Pues ¿qué diré de la muchedumbre y suavidad de los peces? ¿Qué de las aves de las cuales recibimos tan gran deleite, que parece que esta providencia tan regalada fué ordenada por el Epicuro? Las cuales no podríamos haber á las manos, sino con el artificio y industria de los hombres. Pues ya las bestias fieras alcanzamos monteando, parte para mantenernos dellas, y parte para ejercitarnos en la disciplina militar, las cuales tambien domamos, y domesticamos, como lo hacemos con los elefantes, y muchas cosas dellos sirven para curar llagas y enfermedades, como tambien lo hacen las yerbas, cuya virtud y efica-

cia conocemos por largos tiempos y experiencias. Y si rodearemos con los ánimos como con los ojos toda la tierra y los mares todos, veremos tan grandes espacios de campos fértiles y fructuosos; veremos los montes vestidos de yerbas verdes, y el pasto de los ganados, y la increíble lijereza con que los navíos corren por la mar. Y no solo las cosas que están sobre la tierra, sino tambien las escondidas en las entrañas della nos sirven, las cuales así como son para el servicio de los hombres, así solos ellos las sacan á luz, y las descubren. Lo susodicho es de Tulio, el cual por los ejemplos susodichos manifiestamente prueba todas las cosas deste mundo inferior, juntamente con el cielo, haber sido fabricadas y ordenadas para el uso y provision de nuestra vida. Lo cual todo es manifiesto argumento de la providencia que Dios tiene de los hombres, pues tantas cosas crió tan apropiadas para el uso, y provision, y regalo de los hombres, de que las bestias no son capaces.

Y demas deste discurso y argumento con que se prueba esta divina Providencia, tambien la confiesa en el libro de las Leyes por estas palabras: Ante todas las cosas tengan por averiguado los hombres que son los dioses, señores y gobernadores de todas las cosas, y lo que pasa en la vida humana succede por su voluntad y imperio, y que ellos entienden en hacer bien al linaje de los hombres, y miran lo que cada uno dellos hace, y en qué peca, y con qué devocion y ánimo trata las cosas que pertenecen á la religion; y finalmente ellos tienen cuenta y razon con la vida de los buenos y de los malos. Pues ¿qué mas dijera este filósofo, si tuviera lumbre de fe?

Pues por mas ilustre tengo el testimonio de Plutarco (e), el cual confiesa juntamente con la divina Providencia la inmortalidad del ánima por estas palabras: Una es la razon, que confirma y prueba la divina Providencia, y la inmortalidad del ánima; ni podemos abrazar lo uno, y desechar lo otro. Porque quedando el ánima viva despues de la muerte del cuerpo, conviene, y aun es necesario, que reciba el castigo ó galardón de sus obras. Porque el tiempo que en este mundo vive, pelea como un luchador, y acabada la pelea, ha de recibir lo que mereció. Mas de qué manera haya de ser el ánima despues desta vida galardónada, ó castigada, no sabemos desto cosa cierta que podamos afirmar los que vivimos, porque este secreto nos está encubierto. Hasta aquí son palabras deste gran filósofo: las cuales nos declaran cuánta sea la fuerza y la luz de la verdad, pues en medio de las tinieblas de la gentilidad, veian sus rayos y resplandores.

Vengamos á Aristóteles (f), el cual como ya vimos, no consiente que se dispute de la honra que se debe á los padres y á Dios, por ser cosa tan clara y tan perentoria. El mismo en su política, despues de haber dicho que cuatro cosas eran necesarias para una bien ordenada república, que son bastimentos, armas, artes y dineros, dice que la primera que le es necesaria es el culto de los dioses, que llaman religion. Y en el décimo libro de las Eticas dice así: El que se rige por razon y entendimiento, y procura de perfeccionar esta principal parte de su ánima, y está aficionado á lo bueno, parece que este tal será aceptísimo á Dios. Porque si los dioses tienen cuidado de las cosas humanas, como lo parece, cosa es conforme á razon que se agraden de una cosa tan buena, y

(e) Plaut. lib. de sera numinis vindic. (f) Arist. in lib. Topicorum.

tan semejante á ellos (que es nuestro entendimiento); y los que aman esta parte de su ánima, y procuran adornarla con las virtudes, justo es que sean amados de los dioses, como gente que vive virtuosamente, y que tiene cuidado de perfeccionar lo que recibió. Todas estas son palabras de Aristóteles, que favorecen la divina Providencia; pues hacen á Dios amador de los buenos, como de gente semejante á él en la nobleza del entendimiento y en la pureza de la vida. Y no ménos hace á este propósito atribuir este filósofo á la religion y culto de Dios el primer lugar en la república bien ordenada, como acabamos de decir. Porque ¿para qué fin han de honrar los hombres á Dios, si él ningun cuidado ni cuenta tiene con ellos? Con saber agora los hombres por fe que hay pena y gloria eterna para buenos y malos, hay tantos hombres que tienen muy poca cuenta con Dios, ¿qué sería si ni en esta vida ni en la otra esperasen nada dél? Y ¿qué sería el mundo poblado de tales hombres, cuales serían los que esto creyesen, sino una cueva de ladrones y salteadores, y un cenagal de puercos, ó por mejor decir, un pedazo del infierno? Y siendo tal el mundo, ¿cuán indigna cosa sería de aquella infinita bondad y sabiduría haber criado esos tan grandes cielos, y esas tan resplandecientes lumbreras, y gobernar esta tan grande máquina del mundo, enviando sus pluvias á sus tiempos para fructificar la tierra, y diputando los peces de la mar, y las aves del aire, y los animales de la tierra, y todo esto para el uso de los hombres, siendo ellos mucho peores que bestias? ¿Qué cosa mas indigna de tal saber y de tal bondad? Así que pues Aristóteles tanto quiere que honremos á Dios, algo quiere que esperemos dél, porque (como dijo el Cómicó) nadie quiere ser bueno de balde.

Mas el mismo filósofo en el compendio de la filosofia que escribió á Alejandro (aunque algunos dubdan ser este libro suyo) habla mas claro de la Providencia, donde refiere una cosa memorable. Porque cuenta él que una vez rebosó el monte Etna una tan gran bocanada de fuego, que se extendió por todos los campos y tierras comarcanas; y huyendo todos los mozos á gran priesa, como los viejos no pudiesen huir, hubo algunos hijos tan leales á sus padres, que tomándolos sobre sus hombros, huían con ellos. Mas no pudiendo darse tanta priesa por la carga que llevaban, finalmente los hubo de alcanzar la apresurada llama. Entónces Dios agradándose de aquella fe y lealtad de los buenos hijos para con sus viejos padres, hizo que se dividiese y apartase la llama en dos partes, para que diese lugar y paso seguro á los virtuosos mancebos con sus padres. Esta historia refiere Aristóteles en el sobredicho libro, en la cual no solo confiesa la divina Providencia, sino tambien los milagros que sobrepujan toda la facultad de naturaleza.

§. II.

Vese esta Providencia divina, por algunos exquisitos y horribles castigos, en algunos pecadores.

Con este ejemplo juntaremos otros referidos, no por autores cristianos, á los cuales no dan crédito los infieles, sino por otros de otra religion. Y porque á esta Providencia pertenece, no solo galardonar los buenos, sino tambien castigar los malos, referirémos aquí algunos castigos tan grandes y tan extraordinarios ejecutados contra hombres perversísimos, cuya grandeza declara ser ellos manifiesta obra de la divina Providencia y justicia. Entre los cuales tendrá el primer lugar el fin de-

sastrado de aquel Heródes, que por sola ambicion de reinar usó de la mayor crueldad que jamas se vió, que fué derramar la sangre de tantos niños inocentes, y junto con ellos la de su propio hijo, con otras crueldades y tiranías de que usó el tiempo que vivió. Pues los clamores y voces, así de aquella sangre inocente derramada, como de los padres y madres destos niños, que pedian venganza, era justo que llegasen á los oídos de aquel soberano Juez, el cual, demas de las penas de la otra vida, castigase una maldad tan extraordinaria con nuevo y extraordinario castigo. El cual refiere Josefo (*g*), noble historiador entre los judíos, por estas palabras: La terrible enfermedad de Heródes cada dia se hacia mayor, hasta vengar enteramente la maldad cometida. Porque de fuera en el cuero y sobre haz ardia con un fuego templado; pero dentro se abrasaba como horno encendido. Siempre padecia grandísima hambre, y con ningun manjar que comiese podia amansar la crudelísima rabia. Las entrañas tenia dentro llenas de llagas; y del cuerpo le salia un humor ralo y amarillo, que le bañaba hasta los piés, y dende los piés hasta la barba. Todos los miembros tenia hinchados, y sus partes vergonzosas podridas, y llenas de gusanos, y hinchadas, y abominables, y con terribles dolores. Y sobre todos los males le afligia el hedor que le salia, ó de la podredumbre de los miembros, ó del huelgo de la boca emponzoñada. Y tan cercado estaba de dolores, que ya no le bastaban las fuerzas naturales para sufrirlos. Decian los adivinos que el soberano Emperador Dios le habia dado esta pena por sus grandes y muchas maldades. Mas dado que de tan irremediables llagas estuviere herido, no por eso perdía la esperanza de vivir. Para lo cual procuraba aquellas artes y remedios que podia. Ca pasado el Jordán se bañaba algunas veces en los baños que se dicen de Calireo; cuyas aguas tambien para beber son saludables. Y pareció á los médicos que se debía bañar todo el cuerpo en aceite caliente; pero metido en este baño, se le descoyuntaron los miembros, y los ojos le saltaron de sus propios lugares. De allí le trajeron á Hiericó, donde movido por los llantos de sus criados, y desesperado ya de la vida, mandó repartir á sus caballeros á cada cual cincuenta pesos de moneda; y despues por algunos dias distribuyó entre sus amigos gran suma de dinero. Pero despues lleno de furor y braveza, y como amenazando á la muerte, acabó con una maldad y crueldad increíble. Porque mandó llamar todos los varones nobles y principales de todas las ciudades y villas de Judea, y encerrarlos en cierto lugar; y llamando á su hermana Salomé con su marido Alejandro les dijo: Yo sé que los judíos se han de regocijar con mi muerte; pero si vosotros quereis cumplir mi mandamiento, yo tendré mi enterramiento y exequias muy honradas con muchedumbre de hombres y mujeres que lloren. Tened á punto gente armada para que en la hora que yo espirare, maten todos estos varones principales de Judea, que yo tengo encerrados; para que toda la provincia (aunque les pese) haga llanto en mi muerte. Y poco despues sintiendo ya la muerte cercana por la fuerza de los dolores, pidió un cuchillo para aparar una manzana (como solia) con su mano, y diéronsele. Dende á poco entendiendo que nadie hubiese que le fuese á la mano, alzó el cuchillo, y metiósele por el cuerpo. Pero un poco tiempo que

(g) Lib. 1. de Bello Judaico, cap. 21. Refert Euseb. lib. 1. Ecclesiast. hist.

duró ántes que espirase, no quiso pasar sin crueldad, y hizo degollar el tercero hijo, despues de dos que por su mandamiento habian sido ántes degollados. Desta manera salió de la vida lleno no ménos de dolores que de maldades. Lo susodicho es de Josefo. En lo cual vemos verificada aquella sentencia del Salmo (*h*): Justo es Dios y amator de justicia, y sus ojos miran la igualdad. Vemos tambien aquí la hermosura y grandeza de la divina Justicia, la cual permitió que este tiranno ni perdonase á sí mismo, ni á sus propios hijos, quien no perdonó á los ajenos. Y que no solo pagase esta deuda con la muerte acelerada que él rabiosamente tomó con sus manos, sino tambien con aquella terrible y prolija enfermedad que él quiso redimir con su propia muerte. La cual enfermedad fué de tal cualidad que los mismos médicos que lo curaban entendian que aquella dolencia le venia del cielo por sus grandes pecados. Porque esta regla habemos de tener por general y verdadera, que cuando sobrevienen á un tiranno calamidades extraordinarias, habiendo precedido maldades ó crueldades extraordinarias, debemos entender por este castigo la severidad de la justicia y Providencia divina, que por este medio se declara y da motivo á los hombres escandalizados para predicar las alabanzas divinas. Conforme á lo cual dice el Profeta (*i*): Alegrarse ha el justo, cuando viere la venganza, y lavará sus manos en la sangre del pecador. Quiere decir (*k*), que con el ejemplo deste castigo, y con el temor de la divina justicia, trabajará por justificar y purificar su ánima.

El mismo Josefo refiere otro castigo extraordinario de otro Heródes (*l*), que es el que degolló á Santiago, y prendió á Sant Pedro para hacer otro tanto dél. Este pues estando indignado contra los moradores de Tiro y de Sidon, y viniendo ellos con toda humildad á pedirle perdon por la necesidad que tenian dél, salió á un cadahalso vestido ricamente de vestiduras reales á hacer un razonamiento á estos pueblos que presentes estaban. Entónces ellos, levantando las voces, le comenzaron á lisonjear, diciendo: Palabras son estas de Dios, y no de hombre. Con esto el malaventurado y loco rey, de tal manera se ufano y envaneó con esta lisonja, que en lugar de dar gloria á Dios, la tomó para sí, juzgando que en él cabia aquella tan grande alabanza. En este punto dice Josefo, que le hirió un ángel de Dios, y así comido y consumido de gusanos acabó desastradamente su vida. Donde es mucho para considerar, que habiendo este hombre malvado degollado un apóstol y preso otro, no recibió algun castigo; mas agora recibió este tan grande, por haber hurtado la gloria á Dios y atribuídola á sí, para que por aquí se entienda el peligro que puede haber en la vanagloria, y en la presumpcion y estima de sí mismo.

Con estos ejemplos susodichos juntarémolos los de los emperadores que persiguieron la Iglesia, comenzando dende Nerón: los cuales por la mayor parte tuvieron desastrados fines, como en la segunda parte desta escritura declaramos. Y entre estos es muy notable el castigo terrible de Maximino, y la miserable enfermedad que padeció, la cual los mismos médicos confesaban ser castigo de Dios por la grandeza de sus maldades y crueldades, como en su propio lugar declaramos.

Estos ejemplos son de escriptores gentiles para los que

(h) Psalm. 10. (i) Psalm. 37. (k) D. August. ad hunc locum, tom. 8. (l) Lib. 19. antiquit. cap. 7. Actor. 12.

no dan fe á los cristianos. Mas con todo eso referiré aquí otro ejemplo que en la Escripura se escribe del rey Antioco (*m*), cuyas maldades y crueldades para con el pueblo de Dios fuéron tales, que no se pueden explicar, sino diciendo que cuasi todas las cosas que ha de hacer el Anticristo contra la honra de Cristo, hizo este para destruir el culto de Dios. Este es el que martirizó aquellos dichosos y bienaventurados siete hermanos Macabeos con su santísima madre, y el que hinchó el sancto templo de rufianes y malas mujeres, y le mandó intitular del nombre de Júpiter, y puso la estatua deste ídolo donde estaba el arca del Testamento. Y entre otras matanzas que dél se escriben, una fué, que en espacio de tres dias fuéron muertos ochenta mil hombres, y cuarenta mil captivos, y otros tantos vendidos. Mas la divina Providencia que nunca duerme, despues de haber castigado los pecados de su pueblo por mano deste tiranno, tomó dél la venganza que sus maldades merecian; porque él no hacia esto como ministro de Dios, sino como cruel tiranno. Y así fué castigado con tal enfermedad, que él mismo entendió que no era ella natural, ni ordinaria, sino que venia de lo alto. Porque viniendo de camino, súbitamente lo hirió Dios con un increíble dolor y tormento de las entrañas. Y no paró aquí el mal; sino todo el cuerpo se le cubrió de llagas tan horribles, que dellas manaban arroyos de gusanos que le roian y comian dia y noche las carnes, y dellas salia tan pestilencial hedor, que todo el ejército que con él venia, se agraviaba dél, y él mismo no lo podia soportar. Conociendo pues el miserable el azote de Dios sobre sí, comenzó, aunque tarde, á humillarse y reconocer el poder de Dios, y la maldad de sus pecados. Y así dijo (*n*): Justa cosa es sujetarse á Dios, y que el hombre mortal no se quiera poner á la iguala con él. Y arrepentido con este conocimiento prometió de igualar á la ciudad de Hierusalem (que él venia á asolar) con la de Atenas, y privilegiar á todos los judíos, como á ciudadanos atenienses, y que él adornaria el templo con preciosos y ricos dones, y multiplicaria los vasos sagrados, y mandaria que de las rentas de sus alhóndigas se pagase la costa de todos los sacrificios. Y sobre todo esto, que él se convertiría á la fe de los judíos, y andaria predicando por todas partes la grandeza del poder y gloria de Dios.

Todas estas son palabras de la Escripura sagrada, las cuales aunque sirven para otros muchos propósitos, mas yo las he traído aquí, para que así este ejemplo como todos los demas que habemos dicho, junto con las razones alegadas, nos declare cómo aquel soberano Juez tiene especial providencia, no solo de los brutos animales, sino mucho mas del hombre, como de criatura mas principal, dando á cada uno su merecido segun sus obras, á todos generalmente en la otra vida, y á muchos tambien en esta, como los ejemplos pasados testifican. Este es uno de los mayores consuelos que tienen los buenos en todos sus trabajos, alegrándose con la esperanza del galardón, y este mismo es el mayor freno que tienen los tibios y negligentes, sabiendo que hay castigo y pena eterna para ellos. Los cuales (cuanto es de parte de su malicia) no querrian que Dios supiese los males que ellos hacen, ni que pudiese, ni quisiese castigarlos, por poder mas sin remordimiento de consciencia revolcar en el cieno de sus vicios. Y con esto hacen á Dios ciego para no ver, y flaco para no poder castigar, y injusto para no hacer jus-

(m) 2 Mach. 9. (n) Ubi supr.

ticia. Y esto (cuanto es de parte de su deseo) es querer que no haya Dios, porque tal Dios como ellos lo desean sin sabiduría, sin poder y sin justicia, no puede ser Dios. Mas á estos y á todos nos desengaña Salomon, el cual concluye toda la disputa de su Ecclesiastes, diciendo (*o*): Oyamos todos el fin á que toda esta disputa se ordena: Teme á Dios, y guarda sus mandamientos; porque este es todo el sér del hombre. Y todas las cosas que en esta vida se hacen, traerá Dios á juicio, ora sean buenas, ora malas, para dar á cada uno su merecido, que es oficio propio de la divina Providencia.

CAPITULO XXXVII.

De la inmensidad y grandeza de las perfecciones divinas por el testimonio de las sanctas Escripuras.

Todo cuanto hasta aquí se ha dicho sirve para darnos conocimiento de aquellas cuatro altísimas perfecciones de nuestro Criador, que son: bondad, sabiduría, omnipotencia y providencia; que es la mas alta, mas necesaria, y mas provechosa filosofia de cuantas el ingenio humano puede alcanzar. Del fruto deste conocimiento ya tratamos. Mas agora resta tratar de la grandeza destas mismas perfecciones (que son los modos intrínsecos dellas, como los llaman algunos teólogos), no solo para el fruto que está ya declarado, sino para suspender los corazones en la admiracion de tanta grandeza, y para que por aquí entiendan la reverencia que se debe á tanta majestad, y cuán grande mal sea ofenderla. Pero no será solo este el fruto desta materia, sino otros que al cabo se verán.

Y aunque mi intento en esta primera parte es proceder por las maravillas de las cosas criadas al conocimiento del Criador, mas porque las sanctas Escripuras nos dan mas luz para este conocimiento, pondré aquí algunos insignes lugares dellas, que para esto nos sirvan. Y en el primer lugar pondré las que se hallan en el libro del Sancto Job; porque así él como los amigos que con él disputan tratan magníficamente de las grandezas de Dios, cuyo conocimiento alcanzaron por las maravillas que notaban en las obras de naturaleza, de que aquí tratamos. Porque aunque el sancto Job conoció por especial revelacion el misterio de nuestra redempcion, y el de la resurreccion general, mas los amigos que con él disputaban no alcanzaron estos misterios, y por eso proceden por la consideracion que dijimos de las cosas criadas.

Es esta materia muy dulce y agradable á los amadores de Dios. Porque así como el que ama una persona huelga mucho de oír las alabanzas y excelencias della, así los que de verdad aman á Dios, reciben grande consolacion oyendo sus grandezas y maravillas, y junto con esto crece en ellos la reverencia de tan grande majestad y el temor de ofenderla. Pondrémos luego en el primer lugar las palabras del sancto Job, y despues las de sus amigos, y esto con alguna declaracion para que mejor se entiendan, tomando unas cosas, y dejando otras como pareciere que mas convenga.

Comienza pues el sancto Job á tratar de la grandeza del poder y justicia de Dios, diciendo así (*a*): Verdaderamente sé que no se podrá justificar el hombre comparado con Dios, y si quisiere ponerse en justicia con él, de mil cargos que él le haga, no podrá responder á uno. Sabio es de corazón, fuerte y poderoso: ¿quién

(o) Cap. 12. (a) Job 9.